



PREGON DE LA MATANZA

Felechosa, 20 de noviembre de 2006

Genaro Alonso Megido

Excmo. Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Aller, Presidenta de la Asociación de Hosteleros del Alto Aller, Galardonados con el “Gochín de oro 2006”, Señoras y Señores:

La rueda de la Fortuna - que en este caso no es otra que la rueda del tiempo - me ha asignado la honrosa responsabilidad de proclamar estas XIV Jornadas gastronómicas de la matanza de Felechosa, divulgando sus cualidades y excelencias e incitando a su celebración, que es exactamente lo que se quiere de alguien a quien se le encomienda la tarea de pregonar o de decir públicamente algo que todos deben saber.

Seré breve en mis razonamientos - como exigía D. Quijote -, (por)que ninguno hay gustoso si es largo.

De entrada, me es grato imaginar que hacen ustedes un alto en su cotidiana tarea para escuchar con benevolencia esta serie de breves y personales consideraciones entorno a la matanza, tomadas de mis vivencias de niño, en este para mí siempre querido puilo de Felechosa, en el que tuve la suerte de nacer, hace ya no poco tiempo.

Y es que la matanza o, mejor, el samartín – como aquí siempre se le llamó - está indefectiblemente unido a nuestra memoria y a nuestros recuerdos más íntimos, recuerdos que, hoy, andando el tiempo, se nos antoja que forman parte no ya de la historia, sino de la prehistoria. Y no tanto por el tiempo transcurrido cuanto por la evolución social y tecnológica vividas.

Ciertamente, cuando, por ejemplo, uno cuenta que antes, en la Escuela, – allá por los años 60 - una pizarra, y un pizarrín bien afiláu, constituían casi la única herramienta de trabajo disponible; y que un único libro – la Enciclopedia Álvarez – traía todo lo que había que saber; o que a falta de televisión disfrutábamos con espadas de madera, trenes fechos con latas de sardinas y xuegos varios calegando pel puilo; o que la incursiones en la pumará del Señorito, en busca de carápanos – ¡¡ cómo sabían guapo !! – eran para nosotros más divertidas que todos los juegos de la Play Station juntos; no nos falta razón par afirmar – como dice un buen amigo mío – que nosotros tuvimos la suerte de nacer y vivir a caballo entre dos grandes épocas, la Prehistoria y la Modernidad, y en medio, menos de cincuenta años.

Por ello, estamos seguros de que todos Uds. conocen y comparten muchas de estas vivencias que aquí voy a referir y que, en este caso, están directamente asociadas a alguno de los momentos que rodeaban al acto principal y más festivo del samartín, es decir, a la matanza del gochu – o del gucho, como decimos aquí -. Por cierto, el gucho, un animal sin nombre.

1. UN ANIMAL SIN NOMBRE

Dicen que lo que no tiene nombre es como si no existiese: y, en efecto, la inmensa mayoría de los animales y posesiones de la casa tienen nombre propio: los praos tienen nombre; las fuentes y los ríos tienen nombre; las vacas, el caballo y hasta el perro tienen nombre; pero el gucho no lo tiene; es simplemente el gucho. Quizás, su estancia breve entre nosotros hiciese que se considerara como excesivo y poco rentable el esfuerzo de ponerle nombre propio. Sin duda, era innecesario. Y para identificarlo simplemente se le posponía el nombre de su dueño (El gucho - o la gocha - d’ Antón) o, más frecuentemente, el de su dueña (El gucho – o la gocha - de Rosaura).

No tiene nombre propio, pero, sin embargo, se le conoce con distintos y variados nombres comunes, según su edad, situación o estado: así, se le llama: gochín o gorrín al recién nacido; güerre, al gochín más ruin, que generalmente quedó sin teta para amamantarse; gochetu, al que ha desarrollado algo más; llabascu o llarascu cuando tiene dos o tres meses; verrón al macho sin capar, destinado a la cubrición de las hembras; y matón, al que está ya dispuesto para el samartín.

No tiene nombre propio, insistimos, pero sus cualidades y notas distintivas – es curioso - son bien conocidas por todos y, con frecuencia, se le aplican al ser humano; y así – por un proceso que podríamos llamar de animalización – se le atribuyen al hombre o a la mujer rasgos propios de este animal doméstico, mediante comparaciones que todo el mundo entiende perfectamente: y así decimos:

- Ta puirco como un gucho (a quien no destaca precisamente por su limpieza).
- Come como un gucho (a aquél que lo hace en exceso o con formas poco refinadas).
- Ta gurdo como un gucho – más duramente ofensivo si lo ponemos en femenino Ta gorda como una gocha – (dedicado a quienes tienen algunos kilos de más).
- Ye más torcíu que 1 reu un gucho (para el que tiene comportamientos poco rectos y complicados).
- Ye necia como los gochos (esto es, que no se atiende a razones).

Todas ellas expresiones marcadamente negativas y de alto riesgo, dependiendo de a quién, cuándo y cómo se digan.

Incluso con frecuencia se establecen comparaciones con supuestos comportamientos o costumbres del gucho, que éste, el pobre, ni tiene ni conoce; como, por ejemplo, cuando se dice:

- Bebe y fuma como un gucho (referido a quien lo hace en exceso, sabiendo que nuestro querido animal no participa de tales ocupaciones).
- “¡Qué Dios, tienes los deos curtios!”.

No tiene nombre – decimos -, pero goza de los favores y protección de un santo: Santo Antón; al cual se le ofrecían partes del gucho – sobre todo llacones – para pedir por la salud de los animales sanos y la cura de los que estaban enfermos; de ahí el refrán: El dicisiete de xineru, Santo Antón, el llaconeru.

En fin, está claro que el gucho es un animal diferente de los otros que convivían con nosotros en casa; y no sólo porque no tuviera nombre, sino porque en una economía tradicional de subsistencia como era la nuestra, desempeñaba un papel fundamental en el sustento básico de la familia; de ahí el cantar que decía:

María, si vas al horru
Del tocín corta pocu;
Muchos meses tien el añu
Y yera pequeñu el gochu.

Realmente, lo del gucho ye un caso único: nace en la corripa o se compra al poco de nacer. Se le cría con productos de casa, come nuestras sobras – las desllavas – y al final nos los comemos nosotros a él, en un proceso que constituye un perfecto ciclo alimenticio de producción y consumo.

2. VIDA SOCIAL DEL GOCHU

Pero los gochos, no siempre estuvieron, como ahora, metíos tul tiempo na corripa: hasta no hace mucho, podríamos decir que incluso tenían una interesante vida social; andaban pelas caleyas y caminos - como las pitas, o los burros, -; subían a las caserías, incluso a los puertos.

Por la primavera, lo primero era caparlos, pa que medraran y nun anduvieran verríos. Cómo nos prestaba andar pelas caleyas detrás del capaor mirando a ver cómo lo hacía; si era gucho, la cosa era muy sencilla: los testículos fuera y a correr; cierto que si le

quedaba un testículo dentro, entonces quedaba mal capado y se le llamaba rancuiyu; si era gocha, la operación era algo más compleja y requería unos mínimos conocimientos de cirugía. Recuerdo aquel día en que capaban una gocha en mitad de la caleya: el veterinario, vueltas y vueltas, incapaz de encontrar y sacar a flote los ovarios que tenía que cortar; Zoilo, el de Paco, impaciente por la tardanza, le espetó al veterinario:

El veterinario, serio, lo traspasó con la mirada:

- “Los dedos cortos, pero la inteligencia larga; tenga pela pata y calle”.

Era también por la primavera, antes de llevarlos pal puerto, cuando se les sacaba de la corripa, un ratín cada día, para que se fueran avezando a correr y a comer daqué perfuera:

- “Llieva el gucho hasta el Preu puilo pa que corra un retu” – te decía tu madre -.

Y allá ibas tú, detrás del gucho, intentando hacerlo correr y que te obedeciera – cosas verdaderamente imposibles pa este animal -. Una cosa sí aprendías: cuando querías que el gucho corriera palantre, lo mejor yera tira-y pel reu p’atrás; cuando a un gucho- y tiras pel reu p’atrás, siempre corre palantre; nun falla. Y así hacíamos.

Claro que no todos los gochos subían pal puerto, muchos quedaban pel puilo, llambiando las artesas y fozando pelas cunetas. Esta libertad que tenían los gochos – sin duda, por la escasez de alimentos para su engorde – hacía que hubiera que ponerles algunos límites: lo más frecuente era alambrarles el hocico – ferrar el gochu que decíamos – para que así nun espiazaran los caminos nin llevaran las piedras de la corripa; y, antiguamente, incluso se les ponía una torga alrededor del cuello – paecían espantapájaros - para que no furaran ni se metieran pelas campas o pelo semblao; de ahí, el cantar popular, bien conocido de todos Uds.:

Torga la gocha, Antona,

tórgala bien torgada;

tórgala que nun focé

la mio corrada.

Y, en esta que hemos llamado vida social del gucho, tampoco era infrecuente verlo participar en juegos o competiciones más o menos deportivas, como aquella carrera de gochos que se organizó hace unos años, pal Carmín, y que acabó en bronca entre el nenu ganador y la dueña del gucho, empeñada en cobrar el premio, argumentando que el mérito yera del gucho y non del guaje, que sólo lo había llevado emprestéu:

- el premio ye pa mí, que’l gucho ye mio – insistía la señora -.

Pero, sin duda, lo más guapo era cuando el gucho subía de veraneo pal puerto. ¡Vaya calvario subir un gucho hasta Las Ordaliegas!: “Chin, Chin” tol camín;

- “Nun lu apures qu’acoroxa”.

- “Echa-y un poco d’agua pa que nun s’afane”.

- “Nun-y tires pel reu”.

Y tú, en cuanto no te veían, patás al gucho. Y el gucho quieto.

- Vaya gucho más nicio”- decías -

Verdaderamente, nun sé como nun acoroxaban toos.

Claro que, una vez en el Puerto, ¡vaya como-yos prestaba revolcase nas llamargas! -; en realidad era lo que hacían, porque comer lo que se dice comer, lo que arrincaban pelas camperas; únicamente, cada ocho días, un puñéu de granos y poco más. Así que bajar, bajaban flacos como galgos;

- Nun tien una gota de tucín; Ye too freba – decían - (como pa tenelo con la vida que traían fozando pelos peornales).

Así que, pela seronda, cuando bajaban del puerto, algunos paecían xabalinos, nun había quién-yos echar mano.

Es verdad que, entonces, una vez en casa y de vuelta a la corripa, era cuando los gochos

llevaban la mejor vida: se les cuidaba bien, engordaban rápido y se olvidaban de las penurias vividas.

3. LA MATANZA

Pero ya se sabe, “A tou gochín-y llega el so samartín”. Y llegaba el día de matar:

- Mañana, matamos (no hacía falta decir qué, ya se sabía).

Para mí, ese día era como un día de fiesta – mejor, porque no había que ir a misa -; además, con cierto protagonismo: siempre te decían que era muy importante que tuvieras bien pel reu, no fuera a ser que-yos pasara como a los de Santinos, que por no tener bien pel reu, el gucho tirólos a toos patas arriba na corripa, con tan mala suerte, que entre la confusión y el nerviosismo, el coraor, en lugar de enganchar al gucho pela barbá, enganchó a Santinos; imagínense Uds., entonces, quién daría mayores quexíos, si el gucho o Santinos.

Pero lo que más me prestaba era presenciar el momento decisivo de la matanza, que era cuando los homes asumían todo el protagonismo y su papel era casi estelar: tomaban café, bebían aguardiente pa escalecer y manejaban con decisión todos los aperos de la matanza.

Tenían todo el protagonismo, pero sólo por un día, porque quien realmente se ocupaba de todo – desde el parto o la cría hasta la alimentación y los cuidados diarios – era siempre la muyer, o sea, tu madre; incluso en este señalado día, la muyer tenía dos intervenciones fundamentales y muy significativas – y que a mí nunca se me olvidan -: una, ayudar a sacar al animal de la corripa por las buenas – nadie mejor que ella, que para eso lo había criado y mimado - y otra, apiyar la sangre que emanaba a borbotones del pescuezo – al fin y al cabo la sangre era algo esencial que le pertenecía más a ella que al “home, que nun había mirao pal gucho en tul año”.

El caso es que llegado el momento, allá iban: cuatro o cinco homes; el mataor, el gancho en la mano, delante. Nada más verlos el resuello del gucho cambiaba por completo; pero no había marcha atrás. Así que el gucho empezaba a chillar como jamás lo había oído yo chillar; y sus gruñidos eran para mí como la música de la fiesta; yo, entonces, sólo quería topar un resquicio para ver de cerca cómo lo sujetaban y si el gochu sangraba bien o, por el contrario, acoroxaba del susto.

Después, una vez abierto el animal y colgado del pintor – sólo muchos años después supe que el pintor no tenía nada que ver con el arte, sino más bien con la sujeción, esto es, con el palo del que pendía el gucho -, digo que una vez colgado, la fiesta continuaba: una buena comida o cena, con productos de la matanza y postres caseros y, sobre todo, historias, muchas historias que se contaban durante la comida y que yo escuchaba sin pestañear.

Al día siguiente, prestábame volver a ver el gucho; la verdad que me daba un poco de pena verlo allí colgado, con la boca abierta, cabeza abajo, sin protestar, sin gruñir.

Entonces, lo tocaba, lo palmeteaba un poco y me iba.

4. FINAL

En fin, quiero quedarme con estos buenos recuerdos y vivencias que seguro todos Ustedes comparten: la fiesta, la colaboración entre los vecinos y por supuesto, los excelentes productos que durante todo el año nos hacían más llevadera la existencia. Los mismos productos que ahora vamos a poder degustar, gracias a la generosidad de los hosteleros organizadores de estas Jornadas, a quienes desde aquí, agradecidos, felicitamos y animamos a que continúen con estas iniciativas, deleitándonos con estos platos, aunque ya, sin aquellos gruñidos metálicos del gucho que inundaban la seronda. Que Dios les dé salud y a mi no me olvide. Muchas gracias